

Presentación

Configuraciones llega a su número 51-52 con un retraso mayor del habitual, habida cuenta de la pandemia y de la necesidad de empezar a redibujar nuestros horarios, agendas de trabajo, etc., luego de más de un año de confinamiento.

Nunca como en estos meses habíamos estado tan conectados, conexión global que, sin embargo, no daba cuenta de ningún arribo definitivo a la “aldea global” visualizada por McLuhan; a la fiesta de la abundancia de las cosas, los gustos, los placeres y los saberes auspiciada por el mercado mundial unificado, tierra prometida por los profetas de la globalización neoliberal, sino a una condición incierta, marcada por la pandemia y adjetivada por nuestra fragilidad para lidiar racionalmente, como especie, con amenazas inesquivables que, al final de cuentas, resultan ser creaturas de nuestros propios excesos, descuidos, omisiones.

El triunfo de la ciencia y la tecnología con la producción de vacunas y el creciente conocimiento técnico y profesional del virus, de sus orígenes y labilidades, no debe ser óbice para una vez más soslayar o mistificar las fehacientes debilidades estructurales e institucionales, junto con las propiamente económicas, que la emergencia sanitaria sacó a la superficie.

El sistema de salud mostró claramente sus carencias, incapaz de responder oportuna y adecuadamente a la proliferación del contagio; la economía, por su parte, tras la suspensión de actividades consideradas “no esenciales”, no pudo ser encauzada, mucho menos protegida adecuadamente, por redes de asistencia, prevención y resguardo que muchas naciones tejieron en torno a un Estado de Bienestar, siempre acosado por la austeridad mal entendida y peor distribuida. Una obsesión contra el gasto del Estado que ha perseguido la protección y el bienestar sociales, entendido como el fruto de un acuerdo colectivo de una humanidad que quiere desarrollos robustos cuyos frutos sean repartidos justicieramente, a partir de criterios de equidad y cooperación destinados a trascender la competencia mercantil, para hacer de las sociedades modernas y globalizadas hábitats realmente existentes para todos.

De esto y más tendremos los mexicanos que conversar en los meses que siguen y que políticamente conducen a dos decisiones cruciales: la consulta sobre la revocación del mandato presidencial el año próximo y el cambio en los poderes Ejecutivo y Legislativo de 2024.

No pretender ser capaces de hacer de esta circunstancia límite en la que vivimos una enseñanza colectiva, sería traicionarnos a nosotros mismos. Echar por la borda lo que hemos podido construir entre muchos para tener una vida democrática, sostenida en la búsqueda de un consenso en lo fundamental, sin tener que apelar a la uniformidad autoritaria que, como sabemos, tampoco resultó ser tan productiva en lo económico y lo social como lo pregonan sus todavía muy activos y persistentes oficiantes.

En esta edición de *Configuraciones* presentamos testimonios reflexivos y analíticos sobre experiencias específicas —regionales— con la covid, así como un comentario a su gestión; asimismo, ofrecemos reflexiones sobre la elección del 6 de junio y sus resultados, y una mirada al sistema de partidos mexicano. No podía faltar, en este menú, el aspecto económico: de la perspectiva regional mexicana en torno al desarrollo pasamos al plano internacional, hoy cruzado por una febril búsqueda en pos de nuevos consensos que se hagan cargo de la emergencia y no soslayen lo importante radicado de nuevo en la desigualdad nacional y global más flagrante y profunda en la historia moderna del capitalismo. Como hace mucho no ocurría, insistir en la vigencia histórica de la opción socialdemócrata no es ni exagerado ni anacrónico. Se trata, más bien, de una necesidad traída a la superficie por la inclemencia de la pandemia y la crudeza de la caída económica, y que desde muchos miradores, del mundo rico y del que pugna por el desarrollo, se ve insistentemente como una “crisis existencial” porque pone en riesgo la supervivencia de la especie. Acometer tareas de rescate, reconstrucción y trazos para un nuevo curso de desarrollo, implica un concierto de voluntades, saberes y destrezas individuales y colectivas que sólo puede propiciar una voluntad colectiva, comprometida con la justicia social y articulada por una democracia robusta y siempre en perspectiva de una mayor complejidad e inclusión.

A lo largo de 50 números nuestra insistencia central se mantiene: el desarrollo material de la sociedad, en gran medida vinculado con el crecimiento económico, es decisivo para dar solidez al intercambio político y a la propia legitimidad de la democracia y sus gobiernos. Por ello es necesario reiterar: para que se mantenga y reproduzca la democracia es fundamental el desarrollo entendido como una combinación de cambio social y aprendizaje democrático. De aquí el papel crucial que, para la evolución económica y de la democracia, tienen el respeto y la observancia al derecho y las leyes.

Reiteramos con firmeza nuestra convicción democrática imbricada en la aspiración por un régimen democrático social o social democrático. Estas convicciones no sólo se sostienen como proclama y programa para la acción, sino como principio y criterio rector de los ciudadanos para evaluar la política del poder y las conductas de los poderosos.

Nunca sobra repetirlo: los dilemas y conflictos de la democracia sólo podrán superarse con más democracia, no con su merma. Es frente a estos dilemas —hoy agudizados por la pandemia y los profundos desajustes de la globalización erigida a fines del siglo xx, como gran e inapelable creatura del mercado unificado y libre— como las propuestas y proyectos políticos de transformación tendrán que ponerse a prueba.

El de los mexicanos, todavía inconcluso, no está exento de los muchos desafíos que emanan de dichos dilemas. De aquí la necesidad urgente de promover y respetar las elaboraciones teóricas y conceptuales y su obligada, permanente, confrontación empírica.

ROLANDO CORDERA CAMPOS
Director